



Capítulo 437: Vine a recoger un favor.

La habitación era enorme—blanca, limpia, interminable. El suelo parecía estar hecho de luz sólida y las paredes... bueno, no había paredes. Sólo una inmensidad opaca, sin sombras, donde el tiempo parecía detenerse. En el centro brillaba una mesa de inmaculado mármol blanco, y sobre ella descansaba una única taza de té, humeante con aroma a jazmín.

Uriel estaba sentada allí, con las piernas cruzadas, jugueteando distraídamente con su teléfono celular con largas uñas pintadas de rosa neón. Su vestido blanco era corto y ajustado, contrastando con el estilo angelical que se esperaba de un arcángel. Su cabello, cortado en un bob asimétrico teñido de rosa claro, se balanceaba mientras movía la cabeza de un lado a otro al son de la música que sólo ella podía oír.



Cuando la puerta —o lo que parecía ser una grieta brillante en el aire— se abrió, Uriel ni siquiera miró hacia arriba al principio.

Sephirothy entró en la habitación con pasos decididos. Sus botas de cuero negro resonaban como truenos en la inmensidad silenciosa de la habitación. Los cuernos de cristal brillaban en la luz ambiental como fragmentos de estrellas muertas. Su largo cabello blanco caía en cascada sobre sus hombros y su expresión era firme, casi desafiante.

Uriel levantó la vista con una sonrisa lenta, como si reconociera a un viejo amigo o, tal vez, a un viejo rival.

"Mira quién tuvo la audacia de aparecer", dijo, dejando escapar una risa musical. Su voz era dulce, pero tenía un tono agudo, como si cada palabra tuviera brillo y veneno. "Tú, Sephirothy, el único demonio capaz de poner un



pie aquí sin convertirse en polvo cósmico en los primeros tres segundos. Eso es algo... mega impresionante."

Sephirothy levantó una ceja y una media sonrisa sonó en sus labios mientras levantaba la silla frente a Uriel y se sentaba con la confianza de alguien que no se sentía inferior a nadie, ni siquiera a los dioses.

"Y sigues siendo el mismo, ¿no, Uriel? Ocultando todo ese poder detrás del brillo y la moda celestial."

Uriel se rió a carcajadas y aplaudió.

"¡Jaja! Oh, niña, me conoces demasiado bien. Pero en serio, ¿quién dice que no puedes ser un arcángel poderoso y mantener tus uñas luciendo bien? Esos viejos serafines creen que sólo se te puede respetar con cara de funeral. Estoy fuera."



Sephirothy cruzó las piernas, inclinándose cómodamente hacia atrás. Sus ojos plateados brillaban ligeramente. "Hablas como si no fueras uno de los seres más temidos de este avión."

Uriel inclinó la cabeza y parpadeó. "Oh, basta. Sabes muy bien lo que significa tener miedo. La mitad de los ángeles aquí me tienen miedo y la otra mitad quiere saber dónde compro mi brillo de labios. Vivo en este delicado equilibrio."

Los dos se rieron y, por un momento, la tensión entre los reinos se disolvió en un silencio cómplice.

"Pero ahora en serio," Uriel se inclinó hacia adelante, apoyando su codo sobre la mesa y su barbilla en su mano. "Debes tener una muy buena razón para venir



aquí, como atravesar todas las barreras celestiales, romper el protocolo, ignorar un millón de reglas escritas en oro puro..."

La atmósfera en el salón blanco se hizo más pesada a medida que Sephirothy se inclinaba ligeramente sobre la mesa destruida, con los fragmentos de mármol flotando como polvo sagrado alrededor del inconsciente Michael.

Miró directamente a Uriel, su expresión fría y decidida. "Quiero una audiencia con el Padre Celestial."

Los ojos de Uriel se abrieron y levantó los pies de la silla, ahora un poco más seria.

"Estás jugando conmigo, ¿verdad?" Ella soltó una risa nerviosa, como si esperara que fuera una broma. "¿Quieres morir? ¿Aquí? ¿Frente a mí?"



"No vine aquí a pelear, Uriel," dijo Sephirothy, con la voz baja y controlada. "Vine a ajustar cuentas. Tengo asuntos pendientes con ese hombre."

Uriel meneó la cabeza y su sonrisa se desvaneció lentamente. Sus ojos, detrás de su maquillaje angelical y su pose despreocupada, ahora estaban agudos.

"Eso es imposible, Seph. Él ni siquiera aparece para nosotros. Él no habla con nadie más que con Metatrón. Él simplemente... mira. Y tú lo sabes."

Sephirothy cerró los ojos. Ella respiró hondo. Y luego levantó la mano izquierda.

"Entonces me escuchará tal como soy", dijo, y su aura comenzó a brillar en tonos carmesí y obsidiana, distorsionando el aire a su alrededor.



En un instante, una ráfaga de luz demoníaca atravesó los cielos—un haz denso, como una espada hecha de caos cristalizado. La explosión resonó como un trueno apagado. Y desde arriba, una figura dorada fue arrojada desde los cielos por el impacto.

Michael.

El arcángel cayó con fuerza aplastante, abriendo un cráter en la mesa donde una vez había descansado el té de jazmín de Uriel. Su brazo derecho resultó herido — una grieta de energía oscura se extendió por su hombro, algo nunca antes visto en un ser de tan alta pureza.

Uriel gritó, saltando de pie, pero Sephirothy no se movió.



"Estoy segura de que pedí hablar contigo a solas, Uriel", dijo con una calma mortal.

Antes de que Uriel pudiera responder, un zumbido atravesó el aire. Una lanza de luz pura descendió del techo blanco como una sentencia divina, apuntando directamente a la cabeza de Sephirothy — y, de paso, casi golpeando a Uriel.

El tiempo se detuvo.

Literalmente.

La lanza se congeló en el aire, las partículas de luz suspendidas como vidrio a punto de romperse. El sonido cesó. El aire dejó de vibrar.

Sephirothy giró lentamente su rostro y su expresión se endureció.



Muy por encima de la habitación, deslizándose majestuosamente, estaba Rafael.

Su armadura estaba compuesta de hexágonos de luz translúcida y sus alas parecían estar hechas de vidrieras vivas. Pero su rostro... su rostro estaba frío como el mármol divino.

Sephirothy lo miró fijamente durante un largo momento. Y luego, en voz baja, casi maternal, dijo:

"Rafael... no hagas ese tipo de cosas... podrías hacerte daño."

Y mientras decía eso, cerró los dedos en el aire.

La lanza congelada comenzó a vibrar... y luego se desintegró en granos de polvo, que cayeron como nieve dorada sobre el cuerpo inconsciente de Miguel.

Uriel miró fijamente a Sephirothy, sin pestañear. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía palabras preparadas.

Sephirothy se volvió hacia ella una vez más y ahora su voz transmitía algo nuevo: dolor.

"No vine aquí por orgullo. Ni para la guerra. Vine porque... Él me debe algunos favores. Así que llámalo de inmediato, antes de que comience a atacar todo el Paraíso."

El silencio que siguió fue absoluto.



Incluso Rafael dudó antes de responder.

Uriel suspiró profundamente, cruzó los brazos y miró al cielo. "Oh, hombre...
Voy a necesitar mucho té para lidiar con esto."

